

CONFESIÓN

El padre Amancio repasaba en el confesionario, con la dificultad que le brindaba la penumbra, unos pasajes del Evangelio de San Juan. Dormitaba cuando escuchó el “Ave María Purísima” y el libro cayó de sus rodillas al suelo de madera produciendo un ruido resquebrajado que le hizo estremecerse.

-“Sin pecado concebida”.

Esperó unos instantes a que comenzara la confesión mirando al libro que había recuperado del suelo.

-Anoche maté a un traficante de drogas. Ya sabe usted, una basura que hacía tiempo que debía estar muerto. ¿Cuántos chicos han caído por culpa de él? Tenía que pagar por lo que estaba haciendo y no me costó ejecutarlo.

El sacerdote no tiene palabras para responder, intenta pensar, ganar tiempo para aclarar sus ideas y saber si lo que le dicen es cierto. Esperaba una de esas confesiones de todos los días, aburridas, repetitivas, y siente un nudo en el estómago.

-¿Estas arrepentido?

-No.

-No te puedo dar la absolución.

-No sé por qué no. Yo he justificado mi acción y seguro que Dios no hizo el mundo para que anduvieran por él esa clase de gentuza.

Al padre Amancio le tiemblan las piernas, suda y aprieta el libro con fuerza. Tiene que ser mentira todo lo que acaba de oír. Es víctima de una burla, de la broma pesada de alguien que quiere ponerlo a prueba. Quizá estén grabando la confesión. Resopla y saca

un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor y mira hacia el lado del confesionario donde debería estar quien le ha hablado, pero ya no hay nadie, está solo, con el estremecimiento que invade todo su cuerpo, sin lograr ponerse en pie porque las piernas han perdido su fuerza.

Con la dificultad que provoca el temblor en las manos, por fin acierta a abrir la puertecita del habitáculo y sale para encontrar el aire rancio de la iglesia, más pesado que nunca, irrespirable. Un escalofrío le recorre la espalda, siente miedo, podría ser que el que le ha hablado esté por algún lugar escondido y le haga algún daño. Mira a su alrededor, la iglesia está vacía, como tantos días, y apresura sus pasos sin mirar atrás, como si sintiera su respiración a escasos centímetros, a punto de darle caza.

Cuando llega al exterior y se apoya en la pared de la iglesia se da cuenta de que su imaginación le ha gastado una mala pasada y que no hay nadie que lo persiga, que quiera hacerle daño.

Cuando transcurre un tiempo indeterminado, ha conseguido reducir la fatiga y hasta logra sonreír mientras saluda a una vecina que pasa, evitando que se dé cuenta de su turbación y se hace a un lado para dejar paso a unas fieles que llegan al rezo del rosario.

Es el momento de serenarse, de pensar en lo ocurrido y tener claro que lo más probable es que se tratara de una broma. Lo más sensato es volver a sus quehaceres y olvidarse de lo que ha ocurrido esa tarde.

El calor al anochecer deja un regusto rancio en la humedad del interior de la iglesia, los viejos muros guardan tantos secretos.

El olor del incienso, las oraciones y, en un lateral, casi en el extremo de la nave, el confesionario donde el padre Amancio espera cada tarde la hora del rezo del rosario y la misa aguardando que alguien necesite de su servicio para aliviar el alma.

Lee unos folletos sobre las obras de unos misioneros en Etiopía. Está plenamente concentrado cuando escucha las palabras para comenzar la confesión.

Alguien se pone de rodillas y dice las palabras para comenzar la confesión y el sacerdote le contesta para que hable.

-¿Me recuerda?

-No. Eso no importa, puede comenzar a hablar de sus pecados.

-¿Conoce a Vanesa? La prostituta rubia platino que es una vergüenza para el barrio. Posiblemente usted también haya probado sus encantos.

La risa apagada del desconocido penetra sus oídos como un taladro.

-Esa que ha hecho pecar y ser víctimas de los placeres de la carne a tantos. Había que pararla antes de que hiciera condenarse a más gente. ¿No sabía usted que le daba igual hacerlo con unos que con otros, dar placer a través de la sodomía o con mujeres? Había que matarla y eso hice anoche.

El padre Amancio nota sus músculos agarrotarse, sus manos tiemblan y el sudor del miedo cubre su cuerpo. No puede decir nada. Le gustaría preguntar, hablar con él pero de su garganta no brota palabra alguna.

Conoce a Vanesa de ir a la iglesia, de confesarse en ocasiones y sabe que ella se arrepiente pero que seguirá en el negocio porque es su forma de vida. No conoce otra. Quiere ganar dinero para regresar a su país y cumplir algunos sueños de esos que son imposibles.

-¿No dice nada? Entonces creo que estará de acuerdo conmigo en que ella también sobraba en este barrio que se merece algo un poco mejor.

-Usted no puede hacer eso. Debe entregarse a la policía y pedir perdón a Dios, si se arrepiente lo perdonará. La muerte solo le corresponde administrarla a Él.

-Estoy seguro de que Dios estará mucho más de acuerdo con lo que hago yo por los demás que con sus palabras.

-Escuche, quizá pueda ayudarle. Hablemos fuera del confesionario.

El sacerdote siente la mirada fija sobre él, la carcajada reprimida y la amenaza siempre vinculada al secreto de confesión.

Intenta pensar con una calma imposible. Tiene que convencerlo de que ese no es el camino, pero un instante después ya se ha marchado y el sacerdote va tras él con rapidez, haciendo que las mujeres que ya han llegado para los oficios lo miren con curiosidad.

Apresura sus pasos hasta la puerta pero ya no encuentra a nadie, se lo ha tragado la tierra, corre a la esquina para encontrar la calle vacía.

Vuelve al interior del templo, consternado. Se ahoga más por el secreto conocido que por la carrera. Tiene que sosegar, no sabe con certeza si es verdad lo que ha sabido.

Advierte los latidos a flor de piel, ya no es un joven y teme que su corazón no resista la presión a la que se ve sometido.

Se sienta en el último banco de la nave para dejar pasar un poco de tiempo y que las mujeres que rezan o esperan el comienzo del santo rosario no adviertan su consternación.

Cuando sube al altar, se dirige a las tres mujeres que en primera fila esperan el comienzo de los rezos. Las conoce bien, de todos los días, y pregunta si han visto al hombre que acaba de salir. Niegan las tres y el padre Amancio piensa que, para estar enteradas de todo lo que ocurre en el barrio, ya podían haber prestado atención. Lo único que ha conseguido ha sido despertar su curiosidad.

-Se olvidó un misal.

La mentira piadosa es necesaria y sabe que con eso no hace ningún mal, es solo un recurso necesario y da comienzo a sus oraciones.

Mira el rostro rencoroso de María, una mujer pía donde las hubiere pero una chismosa recurrente e incorregible a la que no le importa el daño que haga con sus correveidiles y a la que tiene en situación de casi excomunión mientras no cese en sus artes.

Le parece que los rezos de esa tarde se eternizan, que el tiempo es de plomo y él tiene que salir del templo para intentar conocer la verdad de las palabras que ha escuchado en el confesionario.

Acorta la misa todo lo que puede y da la comunión a todos los presentes menos a María y apenas da tiempo a las feligresas a marcharse cuando ya se ha cambiado de ropa. Cierra las puertas de la iglesia para moverse por el barrio en busca de saber la certeza de lo que le ha contado el desconocido.

Por el barrio hay abierto algún bar, las tiendas han cerrado y entra en un café donde escucha la realidad de la muerte de la prostituta. Ya no hay posibilidad para creer que todo es fruto de una broma muy pesada.

El asesino sabe bien lo que hace poniéndolo a prueba. Tiene que contarle a la policía pero a la vez sabe que no puede hacerlo, el secreto de confesión está ante todo. Quizá lo que quiere el asesino es que dé un paso en falso para acabar con él, que además sería un pecador y habría faltado a sus obligaciones como sacerdote. Puede estar vigilándolo y en ese momento contemplar con diversión su tribulación.

No puede hacer nada salvo rezar.

Ya no hay sosiego para él. Nada puede borrar de su memoria lo que sabe. Ha comprobado la certeza de los dos asesinatos de los que el hombre se confesó y sabe que la policía no ha detenido al autor de los hechos. No puede hablar y ya solo mantiene la esperanza de que no vuelva nunca a la iglesia.

El padre Amancio mira los bancos del templo y, como cada tarde, allí está el pequeño grupo de asiduas y en primera fila las tres mujeres de cada día. En el último banco hay un hombre sentado, solo. Se fija bien, cualquier dato puede ser importante llegado el momento, retiene su aspecto en la memoria hasta que el hombre se santigua y sale del templo. El padre Amancio apoya la espalda en el duro respaldo del confesionario y resopla.

La vejiga está punto de vaciarse de forma repentina cuando vuelve a escuchar las palabras para el inicio de la confesión y sabe que es él.

-¿Tiene miedo? No lo tenga, usted no me ha fallado. Estamos en el mismo bando.

-No, yo no pienso como usted. No soy como usted.

-¿Sabe de quién he librado al mundo? He ocultado mi rostro. Ya sé que intenta reconocermé, pero no nos hemos visto antes, al menos usted a mí, además, este rincón está muy oscuro.

Todavía está caliente el cuerpo de alguien cuya mujer viene con asiduidad. Ya ha dejado de darle palizas, de jugarse el dinero e irse con prostitutas. Al final, no sé si eso se ha hecho público, me gusta acabar con un tiro de gracia, para no hacerles sufrir. Si las cosas fueran de otra manera, la sociedad agradecería mis esfuerzos.

-Por favor, márchese. Usted no quiere congraciarse con Dios. No sé qué quiere.

El padre Amancio escucha ligeramente la risita mientras él no puede evitar unas lágrimas que no escapan a la diversión del asesino.

-Le haré una confidencia. La pareja que vendía droga a la puerta del instituto y que desapareció un buen día, porque fue realmente bueno; Susi, a esa sí que la conocía usted bien, tiene mano con las putas para estas cosas de la confesión. Sepa usted que los he matado a todos, no han desaparecido. Sus cuerpos están en el jardín de un unifamiliar de la ciudad.

-No puede ser.

-Recuerde el secreto de confesión y que además lo estoy vigilando.

El sacerdote no corre a la puerta de la iglesia para intentar detenerlo, sabe que no lo alcanzará.

Se sienta temblando en un banco mientras María, quien menos quisiera que se diera cuenta de que le ocurre algo, se acerca rápidamente con un vaso de agua.

El sacerdote no consigue reponerse y los pocos feligreses intentan ayudarlo a llegar a la sacristía.

Cuando comienza a restablecerse, la gente va desapareciendo hasta dejarlo solo. María lo espera y lo acompaña a la calle. Cuando cierra la puerta de la iglesia cada uno sigue su camino.

A la tarde siguiente, María llega antes que de costumbre y entra a la sacristía, donde encuentra al sacerdote.

-Padre Amancio, después de lo de ayer, de ver lo asustado que estaba, he pensado que necesitaba ayuda y le he traído la pistola de mi marido para que se proteja en caso de necesidad. Era guardia civil y le encantaban las armas. Esta funciona perfectamente.

El padre Amancio no sabe si le tiemblan las piernas más que cuando entra al confesionario pensando que puede volver ese hombre o nada más que de ver el arma sobre la mesa.

-No me dé las gracias. Tenga cuidado, que está cargada. Ya ve que, a pesar de algunas

diferencias, cuido de usted. Quizá ahora eso del perdón no sea tan difícil de conseguir.

-Por Dios, María, que este no es el momento y, además, de eso ya habíamos hablado.

Sus diferencias fueron no querer darle la absolución por cotilla y por hacer correr bulos que habían ocasionado muchos problemas graves a otros vecinos.

Él seguía haciendo su trabajo en la iglesia y ella asistiendo a los oficios, pero no reconocía sus malas artes y él le negó la absolución.

Ahora que cree haberle hecho un favor, le provoca mucho más miedo por la posibilidad que ha puesto en sus manos. Quizá, si la próxima vez que aparezca el asesino le apunta con la pistola antes de que comience la confesión, lo pueda detener o, en cualquier caso, si intenta algo contra él, pueda amedrentarlo y hacerle ver que debe entregarse a la policía.

La otra posibilidad es contarle todo a la policía y asumir las consecuencias.

Escondió la pistola en el confesonario sin saber muy bien para qué. Él ya no podría escapar nunca de las palabras de un asesino que lo había hecho partícipe de sus barbaridades sin saber con qué objeto.

El sacerdote sabía que antes o después, si no era detenido, volvería.

Fue una tarde gris, de lluvia. La paz de la capilla era completa. Solo un par de mujeres se habían aventurado por las calles mojadas para el rezo del rosario.

-Ave María Purísima.

Reconoce la voz. Las sensaciones son contradictorias, difíciles de establecer. El estómago parece anudarse y el vello de los brazos se levanta con la prisa que marca el miedo.

-¿No saluda a un viejo amigo?

-No estoy aquí para charlar. Solo debo escuchar, aconsejarlo e imponer la penitencia. Darle el perdón si hay arrepentimiento y propósito de enmienda. Yo quisiera que se arrepienta y que se entregue a las autoridades. Lo más importante es el perdón de Dios.

-Esta será mi última visita, no se preocupe más por eso, pero piense que seguiré con mi labor de buen ciudadano. Le voy a contar el último crimen y decirle que no he sido yo el autor de los asesinatos. Mi parte fue por dinero, nada más; ya sabe, la droga es muy cara.

-No me mienta ahora, por Dios.

-Como quiera. ¿Conoce a la mujer que regenta el prostíbulo de la calle Sarmientos? Ayer le rebanaron el cuello. Previamente la torturaron, sin preámbulos y de la forma que más daño pudieran hacerle...

-No me cuente más.

-... la ató a la cama y después procedió a levantarle la piel por el vientre, en los muslos, en las piernas, mientras los gritos se ahogaban en el pañuelo que tapaba su boca

-Cállese por favor.

-... la mujer lloraba e intentaba gritar, pedir clemencia, fue una muerte lenta.

-Es usted un monstruo.

-... la miró con tranquilidad, con desprecio. La violó repetidamente, sin piedad, mientras se moría.

-No siga.

-... Antes del cuello, con una cuchilla de afeitar cortó las venas de sus muñecas para verla morir desan...

El sonido del disparo rompe la quietud de la capilla. El hombre se desmorona quedando su cabeza apoyada en el suelo de forma patética y la sangre humedece la madera

En el confesionario, el padre Amancio llora.

Mercedes corre a buscar ayuda mientras María se acerca al sacerdote y lo mira con desprecio.

Le recrimina que hubiera estado dispuesto a darle el perdón a un asesino antes que a ella.

-Ve como todos tenemos que pedir perdón y que se nos dé porque lo necesitamos. Sobre todo, si acabamos de matar a un hombre con la pistola con la que se han cometido varios asesinatos.